

una fuerza regular de españoles y aliados, y penetró en las provincias rebeladas. Los habitantes consagraban un verdadero afecto de cariño á Gonzalo de Sandoval, y al brindarles con la paz, la aceptaron gustosos, sin que desde entonces se hubiera vuelto á ver alterada.

Mientras Hernan Cortés se ocupaba en atraer á los pueblos rebelados á la obediencia y recibia de las provincias mas distantes protestas de vasallaje hácia el monarca de Castilla, en España trabajaban sus enemigos en despojarle del mando. Ausente de la península Carlos V, porque sus asuntos le habian llevado á Alemania, dejó de regente del reino á Adriano, hombre virtuoso, sí; pero poco á propósito para los asuntos de Estado. Diego Velazquez, gobernador de Cuba, habia enviado nuevas quejas contra Hernan Cortés, presentándole como usurpador de los derechos que á él le pertenecian. Las quejas y reclamaciones las elevó, como siempre, al obispo de Búrgos, Don Juan Rodriguez de Fonseca, presidente del consejo de Indias, que constantemente se habia manifestado su protector. El prelado, cuya opinion en los asuntos de América era respetada, queriendo favorecer á Velazquez, consiguió del regente Adriano una cédula que debia echar por tierra la autoridad de Cortés en la Nueva-España, en los momentos mismos en que adquiria para la corona de Castilla las mas ricas provincias del Nuevo-Mundo. La cédula, firmada por Adriano, en Búrgos, el 11 de Abril de 1521 y autorizada por el obispo Fonseca, era un golpe mortal contra el hombre que habia llevado á cabo la empresa mas difícil y grandiosa. En ella, despues de recapitular los cargos del gobernador de Cuba contra Cortés, se

nombraba un comisionado, investido con ámplios poderes, para visitar aquellas regiones, examinar la conducta del conquistador, suspenderle en sus funciones y aun para arrestarle y confiscarle sus bienes, si lo juzgaba conveniente, mientras el gobierno español determinaba lo que hacerse debia.

La persona á quien Diego Velazquez comisionó para alcanzar el logro de sus deseos, fué Cristóbal de Tapia, inspector de las fundiciones de oro en la isla de Santo Domingo. La Audiencia real que en ella residia y los padres gerónimos que estaban de gobernadores, procuraron disuadir de su intento, así á Velazquez como á su representante, haciéndoles ver el daño que al servicio del rey y de la religion podrian resultar del paso que intentaban dar; pero sus prudentes razones nada alcanzaron. Cristóbal de Tapia aspiraba á la gloria de sujetar á un juicio á Hernan Cortés en el mismo suelo que habia sido teatro de sus hazañas y en medio de los pueblos que le creian poderoso. Acariciando esta halagadora idea, salió hácia Veracruz con dos buques perfectamente abastecidos, y llegó al puerto el 2 de Diciembre de 1521.

Estaba la plaza á cargo de Gonzalo de Alvarado, hermano de Pedro, no menos adicto que éste á su general. El comisionado presentó los documentos que acreditaban su nombramiento, exigiendo la obediencia al mandato real. Gonzalo de Alvarado los llevó á la cabeza, como muestra de respeto á la providencia del monarca. En cuanto al cumplimiento, manifestó que escribiria á los alcaldes y regidores de la villa que en aquellos momentos se hallaban en Coyohuacan con Cortés, y que, reunidos en cuanto

volviesen, tratarian y resolverian lo que mas conveniente fuese para el servicio del rey y del país.

No satisfizo la contestacion de Gonzalo de Alvarado al orgulloso comisionado, y sin pérdida de momento escribió al caudillo español dándole parte de la investidura con que llegaba, y pidiéndole que acatase lo dispuesto por la corona. Pánfilo de Narvaez, que desde que cayó prisionero en Cempoala fué enviado, en calidad de preso, á la Villa-Rica de la Veracruz, le dijo al comisionado que fué á visitarle: «Me parece, señor Tapia, que venís con un negocio tan bueno como el que yo traje, y que de él saldreis de la manera misma que yo salí. Contemplad en qué estado me encuentro, despues de haber venido con una armada brillante. Mirad por vuestra persona, y no trateis de perder tiempo. La fortuna de Cortés y de su gente no termina aun. Procurad vender lo que traeis, y volved á Castilla ante su majestad, que allá no faltará quien os preste ayuda contra el afortunado general (1).»

La carta enviada por Cristóbal de Tapia, estaba llena de frases lisonjeras hácia Cortés. El general castellano se apresuró á contestar inmediatamente. Cauto y político, examinó las halagüeñas frases del diestro comisionado; «y si muy buenas palabras,» dice el soldado cronista, «y rebotando cumplimientos le dirigió Tapia, mas seductoras,

(1) «Señor Tapia, paréceme que tan buen recaudo traeis y tal le llevareis como yo: mirad en lo que yo he parado trayendo tan buena armada, y mirad por vuestra persona, no os maten, y no os cureis de perder tiempo; que la ventura de Cortés é sus soldados no es acabada; entended en que os den algun oro por esas cosas que traeis, é idos á Castilla ante su majestad, que allá no faltará quien os ayude.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

expresivas y blandas fueron aun las que con él usó el político conquistador (1).» Hernan Cortés concluia la carta diciéndole que, impidiéndole los negocios marchar él mismo en persona á Veracruz, enviaba los procuradores para que viesen las credenciales y obrasen como fuese de mas provecho á los intereses del monarca y del país. En el mismo instante escribió á Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Diego de Soto, Andrés de Tapia y Diego de Valdenebros, para que, dejando sus ocupaciones de colonizacion, pasasen á Veracruz á tratar con el comisionado. En el camino se encontraron con éste, que acababa de ponerse en marcha para Méjico. Poniendo en conocimiento de él la comisión que llevaban, le suplicaron que se volviese á Cempoala, á donde se dirigieron juntos. Presentado por Cristóbal de Tapia el nombramiento, todos lo pusieron sobre sus cabezas en señal de acatamiento, diciendo que, en cuanto al cumplimiento, no era posible por entonces, pues se hallaba fundada su comision en informes falsos dados al regente por el obispo Fonseca, informes que estaban en la obligacion de desvanecer ante el rey que estaba ignorante de lo que pasaba, por hallarse en Flandes. La negativa á ser reconocido por supremo jefe, exaltó la ira del comisionado de Velazquez; pero Hernan Cortés consiguió calmarla, acudiendo á un remedio de que esperaba los mas felices resultados. Conocia el carácter de Cristóbal de Tapia, de quien habia sido amigo

(1) «Si muy buenas palabras y muy llenas de cumplimientos él le escribió, otras muy mejores y más halagüeñas y blandamente y amorosas y llenas de cumplimientos le escribió Cortés en respuesta.»—Bernal Diaz. His. de la conq.

en la isla de Cuba, y le envió un buen regalo de objetos de oro, mandó que le comprasen uno de los buques con todo el cargamento, así como los caballos y algunos negros, y que le hiciesen ver la imposibilidad de cumplir con el mandamiento regio, arrancado por falsos informes, en atención á los males que resultarían al servicio del rey, de la religion y del país que acababa de agregarse á la corona de España. Al seductor ensueño de mando que se habia desvanecido instantáneamente, sucedió la dorada realidad de una utilidad metálica que lisonjeaba su deseo de fausto; y el comisionado, dándose por convencido de que á los intereses de la corona convenia que continuase Hernan Cortés al frente de los negocios de la Nueva-España, volvió á la isla de Cuba, quejándose al gobernador Diego Velazquez, de la conducta rebelde del caudillo español.

Libre el jefe castellano del rival que se habia presentado á tomar tranquila posesion de las extensas y ricas provincias que con su prudencia, actividad, esfuerzo y política habia ganado, volvió á ocuparse de asegurar la tranquilidad del país y de extender su influjo á mas distantes límites. Todos los capitanes habian vuelto á los puntos que poblaban, desde el momento que terminaron las conferencias con el enviado de Diego Velazquez. Pedro de Alvarado, que habia sido enviado á la rica provincia de Oajaca, que se hallaba tranquila, recibió orden de marchar contra los habitantes de la provincia de Tuatpec, cuarenta leguas distante de Oajaca, junto á la mar del Sur. Acosaban sin cesar á los naturales de Tehuantepec porque se habian aliado á los españoles, y Hernan Cortés quiso

defender á sus amigos de los ataques de sus contrarios (1). Salió Alvarado hácia Tuxtepec el 31 de Enero de 1522, acompañándole el padre Fray Bartolomé de Olmedo. El señor de la provincia, lejos de manifestarse hostil, salió á recibirle, le hizo un presente de oro de alguna consideración y le alojó en la ciudad, cuyas casas, como país cálido, estaban construidas de madera y paja. Los tehuantepequeños, manifestaron al capitan español que el objeto del cacique de Tuxtepec era prender fuego á las casas á media noche, haciendo perecer á todos los españoles dentro de ellas, abrasados por las llamas. Pedro de Alvarado, no dudando de la exactitud de la noticia, puso preso al cacique y á un hijo suyo. Aventurado seria emitir una opinion respecto á si fué sincera ó dolosa la recepcion del jefe tuxtepecano. Sin embargo, mi razon se inclina á juzgarla libre de intencion hostil. Existe en contra, la acusacion de los habitantes de Tehuantepec; pero la denuncia de éstos podia ser nacida del odio que profesaban á sus contrarios por los daños que de ellos habian recibido. Para mí habla muy alto en favor de la inocencia del cacique de Tuxtepec, su muerte, causada por el enojo de verse preso. A ser culpable, hubiera sufrido resignado las consecuencias de su delito; pero morir de enojo porque se le atribuia un proyecto innoble, arguye, en mi concep-

(1) «Los diese á Pedro de Alvarado, al cual enviaba á conquistar la provincia de Tututepeque, que es cuarenta leguas adelante de la de Guaxaca, junto á la mar del Sur, y hacian mucho daño y guerra á los que se habian dado por vasallos de V. M., y á los de la provincia de Tecocatepeque, porque nos habian dejado por su tierra entrar á descubrir la mar del Sur.—Tercera carta de Cortés á Carlos V.

to, que no lo imaginó (1). La provincia continuó manifestándose pacífica, y Pedro de Alvarado formó un ventajoso concepto de su riqueza mineral. Contento del resultado de su expedición, tomó posesión del mar del Sur en nombre del rey de Castilla, y en su presencia sacaron los nativos algunas perlas que envió á Hernán Cortés como muestra, así como varios pedazos de oro de las minas de Tuxtepec (2). El caudillo español trabajaba, entre tanto, con actividad en el buen orden de la administración, y meditaba los reglamentos que más convenientes serían para el bienestar de los naturales y de los españoles. En las horas de recreo salía á pasear, unas veces á caballo y otras á pié, en compañía de Guatemotzin, á quien trataba con las más altas consideraciones, visitándole con frecuencia en la espaciosa casa que habitaba con su familia y la nobleza azteca.

Coyohuacan se encontraba lleno de animación y de vida. Diariamente llegaban á la ciudad soldados y personas principales de Cuba y de Santo Domingo, atraídos por la

(1) «Entonces había sabido (Pedro de Alvarado) que ordenaban de le matar á él y á todos desta manera: que como todos los españoles estuviesen aposentados en las casas, que eran muy grandes, á media noche les pusiesen fuego y les quemasen á todos. Y como Dios le había descubierto este negocio, había disimulado y llevado consigo á lo bajo, al señor de la provincia y á un hijo suyo, y que los había detenido y tenía en su poder como presos.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y que la tierra (de Tuxtepec) era muy rica de oro de minas, y que en su presencia le habían sacado una muestra, la cual me envió; y que tres días antes había estado en la mar (del Sur) y tomando la posesión della por V. M. y que en su presencia habían sacado una muestra de perlas, que también me envió.»—Tercera carta de Cortés.

fama de la belleza del país. Varias señoras de buen nacimiento, casadas con hidalgos respetables, se establecieron en el país, y varias señoritas pertenecientes á esas familias, formaban las delicias de la colonia.

También llegó en aquellos días á Coyohuacan, llamado por Cortés, su prisionero Pánfilo de Narvaez, á quien hasta entonces había tenido en Veracruz, no en una prisión, sino libre en el puerto, bajo su palabra de honor y perfectamente tratado. Atento y deferente siempre hasta con sus enemigos, mandó que en todas las poblaciones del tránsito, le obsequiasen y que se le guardasen las más altas consideraciones. Pánfilo de Narvaez pudo apreciar entonces todo el valor de la empresa á que había dado cima el general castellano. La vista de las populosas y bellas ciudades que encontraba á su paso, le llenaban de admiración. Texcoco se presentó á su vista con todos los encantos de una población seductora, y su asombro creció con la belleza, animación y numerosos habitantes que ostentaba la ciudad de Coyohuacan. Al presentarse á Hernán Cortés, dominado aun por la agradable impresión del país que había recorrido, dobló la rodilla delante del caudillo español y quiso besarle la mano; pero Hernán Cortés no lo consintió. Por el contrario, lleno de afabilidad, le hizo levantar, le abrazó afectuosamente y le suplicó que se sentase á su lado. Pánfilo de Narvaez, acordándose entonces de las palabras que le dijo el caudillo español cuando le hizo prisionero, exclamó: «Señor capitán, ahora confieso con sinceridad que, con efecto, la menor cosa que ha hecho vuestra merced y sus valientes soldados en estos bellos países, ha sido la de derrotarme y vencerme, y estoy

convencido, desde que he podido admirar la importancia de las poblaciones y la fuerza de sus habitantes, que aun cuando hubiera traído mayor poder que el que traje, nada hubiera alcanzado. Los inmensos y ricos territorios que habeis conseguido unir á la corona de Castilla, en servicio de Dios y del emperador, os colocan á una altura superior á todo elogio. Confieso ingenuamente, como no podrán menos de confesar todos los militares que conozcan el tamaño de la empresa que habeis llevado á cabo, que habeis superado á todos los conquistadores que os han precedido, y que sois digno, lo mismo que vuestros soldados, de que su majestad recompense liberalmente sus servicios (1).» Estas excesivas lisonjas, dichas con objeto de ganar el aprecio de aquel á quien se dirigian, no fueron estimadas por Hernan Cortés en mas de lo que valian. Lejos, por lo mismo, de envanecerse, le contestó que «lo que se habia realizado en favor del cristianismo, del rey y de la civilizacion, no era debido á sus esfuerzos y el de sus soldados, sino á la proteccion de Dios, que visiblemente les habia favorecido.»

(1) «Señor capitán, agora digo de verdad que la menor cosa que hizo vuestra merced y sus valerosos soldados en esta Nueva-España, fué desbaratarme á mí y prenderme, y aunque trajera mayor poder del que traje, pues he visto tantas ciudades y tierras que ha domado y sujetado al servicio de Dios nuestro Señor y del Emperador Carlos V; y puédese vuestra merced alabar y tener en tanta estima, que yo ansí lo digo, y dirán todos los capitanes muy nombrados que el día de hoy son vivos, que en el universo se puede anteponer á los muy afamados é ilustres varones que ha habido; y otra tan fuerte ciudad como Méjico no la hay; y vuestra merced y sus muy esforzados soldados son dignos que su majestad les tenga muy crecidas mercedes.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq.

1522. Destruída la capital azteca, Hernan Cortés
Enero. Se da se propuso fundar una nueva ciudad en que
principio á la residiesen las principales autoridades españo-
fundacion las que debian gobernar, en lo sucesivo, los
de Méjico. diversos reinos de que él habia formado uno solo. Deseando el acierto en la eleccion del lugar, celebró varias conferencias con los mas notables españoles que se hallaban con él en Coyohuacan, y se resolvió que se fundase en el mismo sitio en que estuvo la corte de los emperadores mejicanos. Una de las razones que se tuvieron por poderosas para que la nueva ciudad ocupase el punto en que se ostentó la destruida en el heróico y largo sitio, fué la que despues se ha tenido por un inconveniente. Entonces la situacion entre las lagunas proporcionaba la ventaja de facilitar la comunicacion por agua con las principales ciudades del valle, y la seguridad de poderse defender con ventaja en el caso de que las diversas provincias tratasen de marchar contra la corta fuerza española, como habian ido contra el imperio mejicano. Así, lo que en unas épocas y en determinadas circunstancias se admite como conveniente, se mira como defectuoso en otras en que las necesidades son distintas. Por eso es muy fácil que incurra en error aquel que trate de juzgar las cosas ejecutadas en tiempos anteriores, por las exigencias del presente. Sin embargo, preciso es confesar que las ventajas que tuvo presente Cortés entonces, tendria aun actualmente la ciudad si se hubiese terminado, ó se terminase alguna vez, la notable obra del desagüe de Huehuetoca, emprendida por los españoles. A las ventajas y comodidades que resultaban á los nuevos pobladores de construir sobre las rui-

nas de la destruida capital la moderna, se agregaba una circunstancia, que Hernan Cortés consideró digna de tenerse en consideracion: «la fama y el renombre que habia adquirido la nueva capital azteca hasta en las provincias mas remotas (1).»

Resuelta la formacion de la ciudad, se formó para la distribucion de las calles, un plan, ó *una traza*, como se decia en aquella época. La antigua Méjico se componia de dos ciudades que fueron rivales. Se llamaba una *Tenochtitlan*, por el águila posada sobre el nopal, y la otra *Tlatelolco*, que significa *Terraplen de arena*, por estar edificada en una islita en que encontraron un monton de arena que terraplenaron. Conquistada la segunda por la primera hácia el año de 1470, por Axayacatl, rey de Méjico ó de Tenochtitlan, que es lo mismo, formaron desde entonces una sola, que se unieron íntimamente, pues los habitantes de una y otra eran mejicanos que se habian separado por rivalidades de jefes. La misma division se adoptó en el plan de la nueva ciudad. La parte conocida con el nombre de Tlatelolco se destinó á los indios mejicanos, y la de Tenochtitlan á los españoles. De aquí el que al principio de la fundacion de la nueva ciudad, le llamasen los conquistadores unas veces solamente Tenochtitlan, y otras agregándole Méjico, hasta que se adoptó este último por mas breve y fácil en su pronunciacion. Las mercedes de solares se concedian á todos los que los pidiesen, así mejicanos como españoles. A los conquistadores

(1) «Viendo que la ciudad de Tenuxtitan, que era cosa tan nombrada y de que tanto caso y memoria siempre se ha fecho, parecióme que en ella era bien poblar.»—Tercera carta de Cortés á Carlos V.

se les daban dos. La condicion que se imponia al conceder un solar, era que edificasen y lo poseyesen por cuatro años consecutivos, pues de lo contrario quedaba denunciabile la parte concedida.

Para poder empezar á edificar, Hernan Cortés pidió á Guatemotzin que mandase á sus vasallos componer la cañería de Chapultepec, destruida al empezar el sitio; que arreglasen las calzadas y puentes, dejándolos de la manera misma que antes de la guerra, y que las acequias se hallasen limpias de todo lo que pudiera repugnar á la vista ó corromper la atmósfera (1). Satisfechos cumplidamente los deseos del caudillo español, sólo faltaba dar principio á la obra de reedificacion. Aspirando el general castellano á que la nueva ciudad conservase la importancia y fama que la antigua, dió un paso altamente político para captarse el aprecio de los mejicanos, que se hallaban diseminados por el valle desde que salieron de la capital. Su pensamiento fué hacer volver á la nueva ciudad á los que habian vivido en la que la guerra redujo á escombros, y reunir en ella á las desgraciadas familias que se encontraban en diversos pueblos, afligidas y sin recursos. Para alcanzar su noble objeto, resolvió dar al pueblo mejicano autoridades mejicanas que les gobernasen como hasta allí, como seguian gobernándose por sus propios señores las demás provincias. Confirió á un personaje azteca el alto

(1) La primera cosa que mandó Cortés á Guatemuz fué que adobasen los caños del agua de Chapultepeque, segun y de la manera que solian estar antes de la guerra... é que luego con mucha diligencia limpiasen todas las calles de Méjico... é que todas las calzadas y puentes que las tornasen tan bien aderezadas como de antes estaban.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

cargo de *cihuacohuatl* que tenia durante el imperio mejicano, que equivalia á lugar-teniente del emperador, para que llamados por él los mejicanos ausentes, volviesen á poblar la ciudad nueva. Entre otros diversos personajes pertenecientes á la nobleza mejicana, distribuyó los demás cargos de gobernacion que entre ellos estaban establecidos, nombró superintendente de las fábricas á un hijo de Moctezuma, llamado Xohualicahua, y á todos les dió señoríos de tierras y gente en que pudiesen vivir con la dignidad á que estaban acostumbrados (1).

La noble medida del caudillo español, produjo los brillantes resultados que se habia propuesto. Los mejicanos, que se hallaban sin residencia, viéndose honrados en vez de perseguidos, se apresuraron á acudir al llamamiento de sus autoridades, contentos de ver que se les concedia terreno para edificar en el mismo sitio en que hasta entonces habian vivido.

La reedificacion de la moderna Méjico se empezó en Enero de 1522. No solamente los mejicanos, sino un número considerable de personas de todas las demás poblaciones próximas á la capital y muy especialmente de Texcoco, cuyo rey consagraba á los españoles un aprecio pro-

(1) «Hice á un capitan general» (de Guatemutz) «que en la guerra tenia, y yo conocí del tiempo de Mutezuma, que tomase cargo de tornar á poblar. Y para que mas autoridad su persona tuviese, tornéle á dar el mismo cargo que en tiempo del señor tenia, que es *cihuacoat*, que quiere tanto decir como lugar-teniente del señor; y á otras personas principales, que yo tambien asimismo de antes conocia, les encargué otros cargos de gobernacion desta ciudad, que ellos se solian hacer; y á este *cihuacoat* y á los demás les di señorío de tierras y gente en que se mantuviesen.»—Tercera carta de Cortés.

fundo, acudieron á edificar elegantes casas y magníficos palacios. Como no habia en el país animales de carga, y la piedra, la madera y todos los materiales de construccion era preciso llevarlos por medio de indios cargadores, la cifra de trabajadores ocupados en levantar la nueva ciudad, era fabulosa. Los montes y arboledas próximos á Chalco proporcionaban madera, que era conducida por el lago, formando prolongadas balsas; y las canteras de tezontle (amagdaloides porosa) abastecian de piedra para la construccion de los edificios. Todo era actividad y vida. Las calles se veian literalmente llenas de canteros, albañiles y carpinteros indios. Hernan Cortés, con su infatigable actividad, lo inspeccionaba todo, acompañado de varios arquitectos españoles que habian llegado despues de la toma de la capital.

Algunos escritores, al ver á los mismos pueblos que acudieron con sus *coas* á destruir los edificios, ocupados en levantar otros nuevos, recuerdan, como notable prediccion, las palabras que á los aliados dirigian los aztecas, diciéndoles que las casas que derribaban las volverian á levantar, bien para los mejicanos si éstos vencian, bien para los españoles si los sitiados sucumbian. Yo no encuentro nada que merezca el nombre de profecía en lo que les anunciaban. Era una cosa precisa que así sucediera, puesto que en todos los países se deshacen y fabrican los edificios con los mismos habitantes de ellos. No se incluian los sitiados en la prediccion, y sin embargo, ayudaron á levantar la moderna ciudad, no únicamente para los españoles, sino para ellos mismos, para su comercio, para sus familias.